

Juegos Para Olímpicos.

No es fácil para una sociedad acostumbrada a la perfección publicitaria seguir las competencias de los Juegos Para Olímpicos sin un dejo de pesar. A muchos no les da el coraje de poder verlos y cambian de canal, pues en vez de ver a una persona de espíritu fuerte, ven a un desvalido, infortunado o víctima de una malformación. Como si nadie de su círculo cercano pudiese llegar a encontrarse en una situación similar alguna vez.

El tema de la inclusión de aquellos que arrastran discapacidades es difícil de enfrentar. Antes resultaba vergonzoso reconocer un retardo, un Down, o una malformación congénita. Las familias los ocultaban. Hoy, al reconocerse que estas situaciones son más normales de lo creído, se habla de inclusión, pero igual se disfrazan con nombrarles como de "habilidades o capacidades diferentes" y ello no es ningún beneficio. Se es cojo, ciego, manco o inválido (como se define en la RAE), más no es la definición la que importa, sino la persona que está dentro del cuerpo y sus potencialidades.

Así como en una sala de clases hay lumbreras, buenos, mediocres o porros, en la vida y en la distribución de dones, hay de todo y es necesario acostumbrarnos a ello. Los niños son el reflejo de esta sociedad, pues en su inocencia miran con sorpresa y curiosidad al que camina de manera diferente. Debiera ser el padre o la madre el llamado a explicarle ello.

En las OPO se medirán con diversas varas, pero eso es lo normal. Cada uno acepta su máxima y sabe de esa limitación, por lo que debe resultar impresionante al televidente ver la energía contenida en cada deportista por dar su mayor esfuerzo para equilibrarse, controlar esos músculos rebeldes y procurar ganar.

Estoy seguro que ninguno de los cientos que concurrieron a la cita planetaria terminó su participación con frustración, a diferencia de los altos competidores de hace unas semanas, que buscaban medallas y que no las lograron. Las Olimpiadas buscan la perfección del hombre físico, con un afán de asegurar la primacía de tal o cual país, raza o creencia. En la vida diaria, con la limitación que se tenga, es el jefe el que debe usar esa vara y ello no significa mano blanda. Nadie quiere ser evaluado con la vara de la lástima, pues si así fuera, la vara de la eficiencia de los que no presentan problemas sería extremadamente corta.